

Los discípulos recogen espigas en el día de reposo

(Mr 2:23-28) “Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito? Pero él les dijo: ¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre, él y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban? También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.”

Introducción: lo viejo y lo nuevo

Al terminar nuestro estudio anterior consideramos las palabras del Señor Jesucristo con las que definió cuál iba a ser su relación con el judaísmo de su tiempo: él no había venido a poner remiendos a un sistema caduco que de ninguna manera se correspondía con el revolucionario reino de Dios que él había venido a establecer.

El evangelista Marcos ha hecho para nosotros una selección de varios incidentes de entre los muchos que tendrían lugar en esos días de intenso ministerio de nuestro Señor, para mostrarnos las grandes diferencias que había entre ellos. Recordemos brevemente algunas de las controversias que el Señor mantuvo con los religiosos de su tiempo.

En primer lugar, el llamamiento de Leví el publicano y la comida que organizó posteriormente en su casa para que sus amigos conocieran al Señor, molestó profundamente a los fariseos (**Mr 2:13-17**). El contraste entre la actitud de los fariseos y el Señor frente a los pecadores no podía ser mayor. Mientras que los fariseos clasificaban a las personas en buenas y malas según sus propios criterios, dejando fuera de la salvación a todos aquellos que no se ajustaban a sus normas, para el Señor nadie quedaba excluido de la gracia de Dios, sino que abría sus puertas de par en par para todos ellos. De hecho, enfatizó que su misión consistía precisamente en buscar a los pecadores, dejando a un lado a aquellos que se creían justos (**Mr 2:17**).

Estaba claro que la actitud de arrogancia y desprecio con la que los fariseos trataban a los que ellos consideraban pecadores, no hacía otra cosa que alejarlos más y más de Dios y del arrepentimiento. Pero la actitud del Señor era completamente diferente, y los publicanos lo veían con claridad. El Señor se preocupaba por ellos y era cercano, logrando de ese modo transmitirles el amor y la gracia de Dios. Estando con Jesús sentían que podían ser aceptados por Dios, y de ese modo muchos llegaron al arrepentimiento y la fe, produciéndose cambios asombrosos en sus vidas (**Lc 19:8**).

La segunda controversia que hemos visto tuvo que ver con el ayuno. Los fariseos esperaban que Jesús reforzara las normas religiosas del judaísmo, pero el Señor se negó a ello. Él no había venido para hacer algunas reformas religiosas en los hombres, porque sabía que ninguna de ellas lograría cambiarlos. Su mensaje iba a ser mucho más radical, y tendría que ver con el “*nuevo nacimiento*”. Es decir, no venía a reformar al hombre, sino a hacerlo nuevo. La situación del hombre pecador es tan grave que no sirve de nada hacer pequeñas reformas. Sería lo mismo que pintar una pared con el fin de ocultar las grietas que anuncian su ruina. Y de hecho, cuando la persona que no ha nacido de nuevo intensifica sus rutinas religiosas, lo único que esto produce en ella es un orgullo espiritual

que le lleva a mirar con desprecio a los que no son como él. Y este era precisamente el problema de los fariseos.

Además, la forma en la que ellos practicaban el ayuno o el día de reposo, no les producía ningún tipo de alegría. Para ellos, como para la mayoría de los religiosos, la práctica de la santidad consistía en cumplir con una interminable lista de prohibiciones, que en muchos casos habían sido inventadas por ellos mismos. Pero el Señor planteó el asunto de una forma totalmente diferente. Cuando le preguntaron por qué sus discípulos no ayunaban, él contestó con una ilustración que mostraba el gozo de los invitados al estar con ellos el esposo. Con esto estaba anunciando que la relación que él había venido a establecer entre el hombre y Dios estaría caracterizada por el gozo de la comunión.

Ahora tenemos por delante una nueva controversia que tiene que ver con la forma en la que los fariseos observaban el día de reposo. A lo largo del estudio veremos que ellos habían añadido tal cantidad de tradiciones humanas al sencillo mandamiento divino, que lo habían convertido en una carga insoportable para los hombres. Pero el Señor no iba a hacer concesiones ni se iba a adaptar a sus pretensiones, sino que volvería a descubrir el verdadero sentido del día de reposo.

La queja de los fariseos

Igual que en el pasaje anterior, este incidente surge a raíz de una queja de los fariseos contra los discípulos de Jesús: *“Aconteció que al pasar por los sembrados en un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos les dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito?” (Mr 2:23-24).*

Los fariseos aparecen aquí como una especie de policía religiosa que estudiaba cada paso que daba Jesús y sus discípulos. Ahora bien, todo lo que pudieron encontrar contra ellos es que arrancaban espigas de los sembrados en un día de reposo. Pero, ¿estaba realmente prohibido esto por la ley?

El verdadero significado e importancia del día de reposo

Leyendo los evangelios percibimos rápidamente que la observancia del día de reposo era uno de los puntos de la ley de Dios que más interesaba a los fariseos, y aunque es cierto que ellos se habían apartado de lo que la Palabra decía al respecto, esto no le restaba ninguna importancia al mandamiento divino.

Tal vez los cristianos de nuestros días se han ido en un movimiento pendular al extremo opuesto al de los fariseos, no prestando mucho interés al día de reposo y tratándolo casi como cualquier otro día de la semana.

Pero como siempre, ante la diversidad de opiniones, lo que nos debe interesar es lo que la Palabra de Dios dice sobre el día de reposo. En primer lugar, debemos notar que Dios dedicó bastante espacio al día de reposo cuando dio a Moisés los diez mandamientos de la ley moral (**Ex 20:1-17**) (**Dt 5:12-15**). Y como ya sabemos, esta parte de la ley no caduca, sino que tiene plena vigencia también en nuestros días. Veamos lo que dijo Dios:

(Ex 20:8-11) “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.”

La observancia del día de reposo hacía de Israel una nación distinta de las demás, y reafirmaba su identidad como pueblo de Dios. Recordemos que el disfrute de un día de descanso a la semana era algo desconocido en las legislaciones del mundo antiguo.

El propósito de este mandamiento era doble: por un lado servía para satisfacer la necesidad de descanso del hombre, pero por otro, el pueblo dejaba a un lado sus actividades regulares para honrar la santidad de Jehová. Recordemos las palabras de la ley: *“Acuérdate del día de reposo para santificarlo... es reposo para Jehová tu Dios”*. Por lo tanto, no debía ser un día dedicado a la pasividad más absoluta, sino que debería servir para nutrir la vida espiritual, y sobre todo, para adorar a Dios. Como explicó el profeta Isaías, el día de reposo debía servir para que el creyente se deleite en Dios:

(Is 58:13-14) “Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová...”

La actitud de los fariseos frente al día de reposo

Frente a lo que la Palabra de Dios enseñaba sobre el día de reposo, los fariseos habían establecido un sinnúmero de minuciosos reglamentos que prohibían al hombre hacer casi cualquier cosa durante ese día. Por ejemplo, como estamos viendo en nuestro pasaje, prohibían que un hombre arrancara una espiga de trigo en sábado para satisfacer el hambre, porque según ellos, esto implicaba el trabajo de segar y trillar el grano.

Pero esto sólo era una pequeña muestra de la cantidad de vueltas e interpretaciones que le habían dado al mandamiento del día de reposo, convirtiéndolo en algo trivial e irrazonable. Por ejemplo, afirmaban que estaba bien escupir sobre una roca en sábado y que eso no era problema alguno, pero si se escupía en tierra, eso hacía que se convirtiese en barro, y el barro era argamasa, por lo tanto, al hacerlo se estaba trabajando en sábado. Esa era la naturaleza de las restricciones que habían ideado.

Como vemos, la afición que los fariseos tenían por analizar todas las diferentes situaciones que se podían presentar en un día de reposo, lo habían convertido en una carga imposible de llevar, lo que sin duda, no tenía nada que ver con el propósito original por el que Dios había dado esa ley.

Por un lado estaba claro que no entendían el propósito de Dios para el día de reposo, pero por otro, no habían tenido temor en sepultar la verdadera Palabra de Dios bajo un sinnúmero de ridículas tradiciones inventadas por ellos mismos. Y después de hacerlo, se habían erigido como jueces espirituales de la nación, juzgando a los hombres según sus propias tradiciones humanas. En realidad, aunque pretendían ser hombres temerosos de Dios, lo cierto es que le ignoraban para establecer sus propios criterios religiosos. Al final, lo que realmente les atraía eran los ritos religiosos, las ceremonias y la exposición de sus propias ideas humanas, dejando a un lado la predicación de la Palabra de Dios.

La enseñanza de Jesús

Como era de esperar, el Señor salió en defensa de sus discípulos, puesto que la acusación era injusta. Pero además, le iba a servir para demostrar lo que previamente les había dicho; que él no había venido a reformar el judaísmo promoviendo un cumplimiento aún más estricto de este tipo de normas humanas, tal como les habría gustado a los

fariseos, sino que tenía la intención de hacer algo completamente nuevo, acorde a la revelación bíblica.

Por lo tanto, como era de esperar, la respuesta del Señor se fundamentó en la Palabra. Citó una historia de David que encontramos en **(1 S 21:1-6)**. Se trataba de un momento muy difícil en la vida de David, cuando el rey Saúl había decidido acabar con él. En esas circunstancias David tuvo que huir de manera muy precipitada, sin llevar consigo armas ni provisiones para el camino. Fue entonces cuando llegó al tabernáculo de Nob y pidió al sacerdote algo de comida. Pero lo único que había allí y que le pudo dar eran los panes de la proposición. Ahora bien, esos panes eran una porción muy santa de las ofrendas de Dios que sólo podían comer los sacerdotes en un lugar santo **(Lv 24:5-9)**. Sin embargo, el sacerdote se los dio y la Escritura no condena en ningún momento tal acción.

Y ahora el Señor usa esa historia con el fin de establecer cierto paralelismo entre lo que ocurrió con David y sus hombres y lo que en ese mismo momento le estaba pasando a él mismo y a sus discípulos.

Era verdad que David había contravenido la ley al comer de los panes de la proposición, pero había ciertas circunstancias que le legitimaban a hacerlo. Debemos recordar que los panes de la proposición estaban reservados para aquellos que Dios había elegido para servirle en el ministerio especial del sacerdocio, y aunque David no era un sacerdote, tampoco era un ciudadano normal; él era el ungido del Señor **(1 S 16:1-13)**. Por lo tanto, el sumo sacerdote consideró que tanto David, como también sus hombres, tenían derecho a comer de aquellos panes.

Ahora el Señor establece una analogía entre lo que David y sus hombres hicieron, y lo que él mismo y sus discípulos estaban haciendo. Si la estricta reglamentación sobre el uso de los panes de la proposición admitió una excepción en el caso de David, también con Jesús se podría hacer lo mismo en el caso del día de reposo.

El planteamiento era sencillo, y sin duda los fariseos lo entendieron perfectamente, pero podemos imaginarnos la pregunta que inmediatamente comenzó a cobrar fuerza en sus mentes: ¿Quién se cree éste? Ellos podrían estar dispuestos a hacer ciertas excepciones con el rey David, pero ¿quién pretendía ser Jesús para que esperase ser tratado de la misma manera?

Y aquí volvemos nuevamente a la pregunta de fondo que venimos encontrando en todos estos pasajes: ¿Quién es Jesús? No cabe duda de que el Señor se estaba colocando en este momento al mismo nivel que el rey David, y a sus discípulos los estaba equiparando con los valientes de David. Al fin y al cabo, era su descendiente legítimo **(Mt 1:1)**, y más adelante el Señor se presentó incluso como el Señor de David **(Mr 12:35-37)**.

Por otro lado, la actitud de creciente rechazo que una y otra vez iban manifestando los fariseos hacia la persona de Jesús, servía para establecer otro punto de paralelismo entre ambas situaciones. Recordemos que en aquellos momentos David había sido ungido ya como rey, sin embargo, había sido rechazado, y en lugar de reinar, estaban intentando cazarlo como a una perdiz **(1 S 26:20)**. Y curiosamente, poco después de que Jesús dijera estas palabras, *“los fariseos tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle”* **(Mr 3:6)**.

Y por último, debemos pensar también en la situación de urgencia y necesidad por la que atravesaba David y sus hombres en aquellos momentos. Él buscaba desesperadamente la forma de sobrevivir a la persecución de Saúl y llegar a ser rey en Israel cuando Dios quisiera vindicarlo, pero en este sentido, aún era más importante y urgente la misión del Señor Jesucristo, que como rey había venido a proclamar y establecer el reino de Dios en este mundo.

Jesús es Señor aun del día de reposo

Ahora bien, si a los fariseos les pareció que Jesús había traspasado todos los límites razonables al compararse de ese modo con el rey David, ¿qué pensarían cuando a continuación dijo que él era “Señor aun del día de reposo”?

Una vez más el Señor se atribuye prerrogativas divinas. No había lugar a dudas sobre lo que estaba diciendo. La ley decía que “el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios” (Ex 20:10), y ahora Jesús dice que él es el Señor del día de reposo, ocupando claramente la posición que sólo le puede corresponder a Dios.

Aunque en realidad, si observamos la palabras exactas de Jesús, vemos que fue más lejos todavía. Él no dijo que era “Señor del día de reposo”, lo que realmente dijo es que era Señor “aun” del día de reposo. Este matiz es muy importante, porque lo que está reclamando es que el ser humano no debe servirle un sólo día de la semana, sino la semana entera.

Habiendo llegado a este punto, podemos decir que Jesús, como Señor del día de reposo, tenía autoridad suficiente para determinar lo que sus discípulos que le acompañaban y servían, podían hacer en un día de reposo.

Pensemos en una ilustración: Si un turista visita una casa señorial y se encuentra con una puerta que señala “prohibido el paso”, debe respetar la prohibición del propietario. Pero si sale el hijo del propietario y le invita a cenar, el turista no incumple la prohibición del propietario al seguir al mismo por la puerta señalada con el cartel de “prohibido el paso”.

Mediante esta declaración Jesús afirma que, como Señor del día de reposo, el Hijo del Hombre es quien determina lo que es o no lícito o permisible, y, con ello, cualquier costumbre prescrita por los fariseos o sus tradiciones quedaba sin efecto. Y esto era totalmente necesario, porque con sus normas y reglamentaciones, sutilezas y aspavientos, los fariseos estaban tergiversando la voluntad de Dios.

Al llegar a este punto debemos decir que ningún otro maestro o profeta de la antigüedad había hecho declaraciones tan sorprendentes como las que Jesús hacía. Era habitual que los profetas respaldaran sus declaraciones con algo así como; “Así dice el Señor”, pero Jesús nunca usó esa expresión u otra parecida, sino que apeló siempre a su propia autoridad divina. La fórmula que usaba frecuentemente era la siguiente: “De cierto, de cierto os digo”.

Los fariseos, y también muchas personas en nuestros días, estarían dispuestas a aceptar a Jesús como un maestro, pero de ninguna manera le reconocerían como Dios. No obstante, la forma en la que él respaldaba su enseñanza con su propia autoridad divina, hace imposible que se puedan separar ambas cosas. Si aceptamos su enseñanza sobre el día de reposo, ha de ser porque reconocemos que él es Señor aun del día de reposo.

El reposo de Dios

Como ya hemos considerado, los judíos habían convertido el día de reposo en una carga pesada de llevar, pero Jesús había venido a traer descanso.

Hasta ahora hemos visto que el propósito de Dios al establecer ese día era traer bendición al hombre, otorgándole el merecido descanso de su trabajo. Ahora bien, hay un hecho cada vez más frecuente en nuestra sociedad, y es que muchas personas no logran descansar sin la ayuda de pastillas. Otros van de vacaciones, pero no tienen descanso en

su alma. Todo esto nos lleva a pensar que no sólo necesitamos un día de descanso, sino también la capacidad de descansar. Pero, ¿cómo conseguirlo?

Para contestar esta pregunta debemos pensar primero en la forma en la que surgió el día de reposo, y para ello tenemos que remontarnos a la historia de la creación en Génesis: *“Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo” (Gn 2:2)*. Pensemos en cómo se utiliza aquí el término *“reposo”*. Sin duda no tiene nada que ver con el hecho de que Dios estuviera cansado después de seis días creando el Universo. Dios es Todopoderoso y no se cansa nunca. Podría haber creado otros mil universos más y no sentir ningún cansancio. Entonces, ¿por qué reposó? En su caso no tenía nada que ver con descansar, sino con el hecho de que estaba satisfecho del trabajo realizado. Es como el artista que al terminar su obra se sienta para contemplarla, no porque esté cansado, sino porque quiere disfrutar de lo que ha hecho. Y así fue en el caso de Dios. Notemos que una y otra vez se repite la misma frase: *“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn 1:31)*.

Ahora bien, ¿cómo podemos descansar nosotros de esa misma manera? Lo cierto es que como hombres esto parece imposible. Siempre nos acompaña la sensación de que todo lo que hacemos es incompleto e imperfecto. Sólo hay que echar un vistazo a cómo estamos dejando este planeta que salió de las “manos de Dios” como algo bello y perfecto.

Por lo tanto, es imposible que logremos descansar mirando nuestras propias obras. Necesariamente tendremos que descansar en las obras de otro. Y esto nos lleva a mirar hacia la cruz de Cristo y a recordar sus últimas palabras antes de morir: *“Consumado es” (Jn 19:30)*. El sufrió por nuestros pecados para darnos perdón y paz. El llevó sobre sí nuestros pecados y fracasos; todas aquellas cosas que habíamos hecho mal o habíamos dejado incompletas. Lo que nosotros no conseguimos, lo consiguió él por nosotros, de tal manera, que quienes confían en él pueden llegar a disfrutar del verdadero reposo de Dios.

¿Cómo debemos usar el día de reposo?

Aunque esta es una cuestión que no se trata directamente en nuestro pasaje, a la luz de lo que hemos venido viendo hasta aquí, debemos decir algo similar a lo que ya dijimos en cuanto a la cuestión del ayuno. Debemos guardar el día de reposo, pero no como una carga, sino como una posibilidad gozosa de disfrutar de la comunión con Dios.

Por un lado debe ser un día de descanso físico y mental, lo que implica dejar de hacer nuestro trabajo cotidiano, pero por otra parte, no debemos olvidar que debe tener un énfasis espiritual. Debemos dar tiempo para adorar a Dios, escuchar su Palabra, y servirle en tranquilidad.

Preguntas

1. A los fariseos les pareció mal que los discípulos de Jesús arrancaran espigas en el día de reposo. ¿Cree que esto era realmente una actividad pecaminosa? Razone su respuesta.
2. ¿Cómo entendían los fariseos el día de reposo?
3. ¿Cuál era el propósito original de Dios al dar la ley del día de reposo?

4. El Señor establece un paralelismo entre lo que le estaba ocurriendo a él y sus discípulos con lo que le ocurrió a David con sus hombres. Señale las diferentes similitudes.
5. ¿Cómo se presenta Jesús en este pasaje?